

Entrevista al historiador Oscar Padrón Favre

Rosana Greciet, marzo 2022

A partir del trabajo de VISIBLES sobre territorio, específicamente sobre Durazno y Tacuarembó, charlamos con el historiador Óscar Padrón Favre, actual director de Museos de la Intendencia de Durazno.

A partir de las investigaciones del Depto. de Antropología Biológica de Humanidades se ha podido determinar que la presencia de sangre indígena es notablemente superior a lo que se creía. ¿Cómo cree usted que es el mapa en cuanto a ancestría indígena en Durazno? ¿Cuál es su impresión en relación a este tema? ¿Y cuál piensa que es la percepción de la población?

Hace 41 años yo comencé una investigación que se centraba en la búsqueda de los descendientes de indígenas, con una mirada no solo en Durazno, sino de todo el país. Si centré el trabajo de campo en Durazno era porque la documentación histórica señalaba a Durazno como un departamento importante en presencia indígena. Lo había constatado buscando sobre todo en la documentación existente en el Archivo General de la Nación, en los antiguos padrones, pues contamos con documentos de esas características para esta zona desde el nacimiento del Uruguay.

Yo quedé sorprendido. Hasta 1981 manejaba la idea de que el Uruguay era un país blanco y que no tenía nada de indígena. A pesar que el tema indígena me apasionaba desde la niñez, me lamentaba de haber nacido en un "país sin indios". Al revisar los archivos, comienzo a ver que una enorme cantidad de vecinos del departamento de Durazno de esa época se identificaban como indígenas. Y entonces fue fácil el cálculo: si aparece alguien identificado como indígena en 1835, 1836 y que en ese entonces tenía cinco años o diez años, esa persona pudo haber llegado al siglo 20, ¿no? Y deben haber quedado sus hijos y sus



nietos aún entre nosotros, me dije. Allí comencé a buscar descendientes. La búsqueda documental posteriormente la extendí a Tacuarembó, a Paysandú y a otros lugares. También fue notorio que esa presencia era superior desde la zona centro hacia el norte.

Hoy ¿se refleja esa presencia en la sociedad duraznense?

Hoy yo te diría que no, que no hay conciencia de esa presencia tan fuerte aunque muchos más se reconocen como descendientes de indígenas. Ya no se la niega. Cuando comencé había que vencer prejuicios. Yo visité algunas personas cuyo origen indígena era notorio por sus rasgos y sin embargo lo descartaban totalmente diciendo "no, no, yo soy italiana" o "yo soy vasca". Había en esa época un estigma del posible origen indígena. Nadie se identificaba como indígena, pero, decían: "sí mi madre, mi abuela, mis antepasados lo eran". Y eso sí fue muy notorio en muchísimas personas. A partir de todo ese descubrimiento, empecé a mirar y a analizar a nuestra sociedad de una manera diferente. Y también cuando viví en Montevideo

comencé a ver que muchas veces el niño que subía a pedir en un ómnibus o la madre que pedía una ayuda económica, tenían la presencia de esa ascendencia, o sea, había una clara asociación de esta ancestría indígena con un segmento social determinado.

Esto se condice con un estudio que hizo Mónica Sanz sobre población de mujeres en el Pereira Rossell donde constata una alta presencia de ancestría indígena en comparación con la salud privada en donde esa presencia descendía a la mitad. Esto se alinea con lo que usted dice. Podríamos decir que los descendientes han quedado circunscriptos a un nivel social bajo. Lo que habla a las claras de un patrón social que aún persiste.

A las pocas semanas de sacar el libro "Sangre indígena en el Uruguay", en 1986 - que tuvo un gran impacto porque era la primera vez que se hablaba de que el Uruguay tenía descendencia indígena - recibí una carta del doctor Fernando Mañé Garzón, quien en ese entonces dirigía las investigaciones en el hospital Pereira Rossell, junto a antropólogos de la Facultad de Humanidades, sobre la existencia de la mancha mongólica, que fue uno de los primeros indicadores biológicos de la presencia de herencia indígena que se estudió. Y en esa carta, que la conservo, Mañé Garzón manifestaba un entusiasmo muy grande por sus hallazgos. Me felicitaba por el libro pues ratificaba lo que estaban viendo en sus estudios. Coincidió la investigación histórica con la antropología biológica. Ellos se preguntaban ¿si somos un país de europeos, por qué esa prevalencia tan grande de mancha mongólica en los recién nacidos del Pereira Rossell?

Siempre he dicho que Europa no fue la "madre patria", Europa fue el "padre patria". La inmigración europea fue fundamentalmente masculina y esos inmigrantes no permanecían célibes ni hacían voto de castidad en estas tierras. La que puso la mujer siempre fue América, la mujer indígena, la mujer mestiza, la mujer afro.

Nuestra famosa y mitológica "china", como la esposa del gaucho, era fundamentalmente una mujer de origen indígena. "China" es una palabra quechua. Y con muchos inmigrantes europeos pasó lo mismo. Yo lo pude comprobar en una cantidad de linajes esa unión formal o no entre

Europeos con mujeres indígenas o descendientes de ellas. Existió un alto grado de informalidad en estas uniones con mujeres indígenas y mestizas con europeos o descendientes de europeos. Un hombre de piel blanca recibía una descalificación social si se casaba formalmente con una indígena. Eso fue muy potente y por eso los libros de bautismos o del Registro Civil están llenos de registros donde dice "hijo de padre desconocido" o "hijo natural".

En el caso de la mujer muchas veces sirvió como una posibilidad de ascenso social, porque no pocas mujeres indígenas o mestizas de origen humilde formaron pareja o matrimonio con hombres blancos, lo que le permitió alcanzar otro estatus social. En el caso del hombre, el ser indígena fue más una limitante.

Es indudable que esa segmentación social donde la presencia indígena y mestiza predomina en los sectores más humildes también en Uruguay ha sido muy notoria, pero es una característica de toda América Latina. Ha dominado como imaginario "uruguayo" una mirada muy montevideana, muy portuaria y los sectores sociales predominantes en los centros urbanos afirmaron esa visión de que "todos venimos de los barcos", pero cuando se sale a las periferias de las urbes o al medio rural, ahí vemos que hay otros componentes étnicos muy potentes que se notan claramente aún hoy.

Sí muchas veces es clara esa presencia indígena en las caras que cruzamos en las calles...

Y en esta amplia región del país que incluye a Durazno, Cerro Largo, Tacuarembó, Paysandú, Salto, Artigas, Rivera es claro que el tsunami gringo europeo no fue tan potente como en el sur. Porque la inmigración europea tuvo la característica de la letra L, concentrada en la parte sur y litoral del Uruguay.

Los puertos también ayudaron a generar esta corriente.

Sin duda alguna. Al vivir en el interior, yo he tratado siempre de tener una mirada alternativa al puerto, porque como país se nos ha impuesto (educación y medios de comunicación mediante) una mirada centro-portuaria. De alguna manera se le dio una extensión nacional a miradas o re-

alidades que nacían de una perspectiva portuaria, muy de la zona sur del país, pero que no necesariamente eran representativas de la totalidad del país. Los "centros" y "periferias" de las urbes sin duda han presentado siempre un origen étnico bastante diferente.

Cuando se habla de influencia indígena, se ha olvidado, por ejemplo, que cuando Montevideo nació y tenía apenas 300 habitantes, estamos hablando de 1730 aproximadamente, en las Misiones Jesuíticas había 30 centros urbanos mucho más grandes que Montevideo cualquiera de ellos, y había un total cercano a los 150.000 indígenas misioneros. Y nos dijeron "ah, no, pero esos indígenas son de las Misiones". Pero nuestro territorio formaba parte de las Misiones y buena parte de esos indígenas terminaron radicándose en nuestro actual territorio. O sea que el tema de las Misiones no es un tema ajeno en absoluto. Nosotros éramos la "tierra de las vacas" para estos indígenas y cuando empezaron a tener problemas con la alimentación muchos emigraron hacia este territorio, tanto en emigración individual como en grandes episodios de emigración colectiva liderados por sus propias autoridades, como lo he estudiado en "Ocaso de un pueblo indio" (1996) y otros trabajos posteriores. Entonces todo esto nos obliga a reconceptualizar nuestro país. No para decir que la mirada portuaria es equivocada. No es equivocada, es incompleta, es parcial.

¿Cómo debiera ser un abordaje educativo que de lugar a este conocimiento e integre nuestras raíces? Tú sos docente también, ¿cuál es tu opinión?

Yo colgué los botines hace dos años como docente de Enseñanza Pública, pero es una tarea que me encanta y la sigo ejerciendo de manera más informal. Hay que acortar la distancia entre el conocimiento académico y las aulas. Es fundamental que las nuevas generaciones tengan una visión mucho más amplia de sus orígenes y, sobre todo, se debe estimular la búsqueda y el diálogo con sus mayores. Siempre les dije a mis alumnos "aprovechen a hablar con sus abuelos, muchachos, porque hoy los tienen...cuando crezcan y quieran hablar con ellos ya no los tendrán". Desde la enseñanza hay mecanismos: cuestionarios de trabajo sobre el origen de los apellidos, de trabajo sobre el barrio, que son muy interesantes

para que los jóvenes se sumerjan en esa búsqueda y rompan esos silencios de los abuelos.

Con frecuencia cuento una anécdota. Cuando salió el libro "Sangre indígena", un abuelo le dijo a su nieta que era maestra, "te voy a mostrar una cosa que nunca te la he mostrado porque no se podía hablar de esto, pero ahora veo que sí". Y entonces sacó de un baúl una foto de su abuela, lo que vendría a ser la tatarabuela de la maestra. Una foto hermosa de una mujer indígena, del interior rural de Durazno, que la había conservado oculta. Cuántas cosas pueden estar de pronto, ocultas o silenciadas.

La ciencia positivista occidental, con todo lo bueno que nos ha dado, tuvo la característica de ser muchas veces muy despectiva hacia otro tipo de saberes. En el campo de la medicina, por ejemplo, los saberes que tenían que ver con la utilización de hierbas naturales no fueron debidamente valorados por mucho tiempo. Era como un estigma hablar de lo que me había enseñado mi abuela o mis antepasados sobre esos saberes referido a las plantas. Felizmente en eso se ha avanzado muchísimo y se han roto muchos, muchos mitos. Promover ese diálogo con los mayores me parece que es muy rico y la enseñanza tiene un potencial enorme. Me consta que hay maestros que lo han hecho aunque nunca lo vi incorporado formalmente en programas de enseñanza.

Sí, lo que pasa es que no hay voluntad del Estado de que eso sea mirado.

Claro, exacto. Sí, sí. La enseñanza primaria suele tener un cable a tierra mucho más directo y eficaz. Según mi experiencia, en la enseñanza media depende de la voluntad del docente de turno. Por ejemplo, en más de 35 años llamado por los maestros he dado infinidad de charlas sobre este tema en las escuelas, en la enseñanza media muy, muy pocas.

En Durazno, ¿hay alguna conmemoración, algún acto público, algún reconocimiento, que esté asociado a los pueblos originarios?

No, no, no hay ninguna actividad. Después que yo publiqué el libro comenzaron a surgir asociaciones de descendientes en distintos lugares del país, que tuvieron actividades sobre finales de los ochenta y la década de los 90. Recuerdo por ejem-

plo en Trinidad, Flores, que se formó un grupo y también en Montevideo se armaron grupos. Creo que alguno todavía permanece. Pero así de tener una fecha o algo fijo no, que yo sepa. Además, algunos de estos grupos han tenido una mirada que, en mi opinión, es excesivamente centrada en lo charrúa y no una mirada amplia del tema, tal como la documentación histórica lo demuestra. Existió una diversidad étnica que tiene que ser contemplada.

Pero la matanza de Salsipuedes estuvo dirigida hacia los charrúas...

Hacia finales del siglo XIX surgió en América Latina un nacionalismo de tipo romántico, impulsado en Uruguay por Zorrilla de San Martín, entre otros escritores, que tenía como propósito el de diferenciarse, no tanto de Europa sino de los demás países de América Latina. Cada país fundó un nacionalismo indigenista en determinada etnia o pueblo.

En el caso de Uruguay se eligió el charrúa, que era claramente identificable, tenía sus propias señales culturales. Pero ese indigenismo estaba lejos de reivindicar una herencia indígena, al contrario, los intelectuales señalaban que España había cometido un gran error al haber permitido el mestizaje. Pensaban que a menos herencia indígena o africana de un país más condiciones para el progreso. Hoy nos resulta de un racismo tremendo, pero fue lo que se dijo por mucho tiempo en nuestro continente. Y en ese contexto se podía insistir en que el charrúa era "el indígena uruguayo" porque ya no existía. Insistir en un imaginario fundado en los charrúas era, por contrapartida, decir que Uruguay era totalmente blanco, que no tenía herencia indígena. La prueba está que muy temprano se le levantó un monumento conmemorativo con un nombre muy significativo: Los últimos charrúas. Un título que es toda una declaración de que no quedaban más indígenas - "Uruguay país sin indios - y una invitación para que los europeos vinieran tranquilos, que éramos una excepcionalidad de piel blanca dentro de América.

De hecho, durante décadas los alumnos escolares recibían los recordados cuadernos "Tabaré" en el que la imagen de tapa era el personaje Tabaré de Zorrilla de San Martín, quien yacía muerto frente a las aguas de un río. Todo esto fue coherente con

un imaginario de que Uruguay era un trasplante europeo y eso nos enorgullecía.

Es particular cómo se construye y cómo se recorta la historia. A mi desde esta búsqueda a través de VISIBLES, que es desde el arte y también desde la profundización y la investigación, me ha permitido sentir desde un lugar más íntegro quién soy, conectar desde un lugar más auténtico con mi identidad. Y esto aplica en lo individual y en lo colectivo. Cuando obvias partes de tí mismo o de la sociedad quedás recortado y dismuído, y en lo social generás injusticia y discriminación. Si, claro. Es ir hacia una imagen más auténtica de nosotros mismos. En las clases yo siempre utilizaba esta imagen: "miren muchachos que toda América es café con leche. Solo que en algunos lugares predomina el café, en otros puede predominar la leche". Pero además nosotros no solo somos sangre y genes. Somos una cantidad de elementos psicoculturales que se expresan en nuestra creatividad, en nuestra forma de ver la vida, y ahí todos somos "café con leche". Desde el momento en que vibramos por un tamboril que viene de África o que nos sentimos incompletos todas las mañanas si no bebemos un mate, ahí estamos repitiendo rituales que no vienen de Europa. Y cuando compartimos el mate en rueda, mucho más aún. Entonces estas son expresiones de latinoamericanos, es la riqueza de nuestra América, el ser todos "café con leche".

La mixtura... Hay muchos detalles culturales que podríamos llamarlos rastros, costumbres de la América originaria que están integradas en nuestra cultura. Elementos que vienen de los originarios pero que no hay conciencia de que sea así.

Claro, por cualquier área que se tome. Por decir una que es muy notoria, que es la culinaria, la alimentación. Toda la cultura del maíz, de la papa, del zapallo, de la mandioca. Lo que era la comida criolla, con fuerte herencia indígena. Ahí también la invisibilidad étnica se cruza con la invisibilidad de género, porque tiene que ver con la mujer. Esa invisibilidad, en gran parte, por responsabilidad de los historiadores. La mujer tuvo siempre una gran participación en la construcción histórica y social, sin embargo en el momento de "sacar

la foto" para hacer los libros sobre nuestro pasado, siempre a las mujeres las quitaron de la imagen. ¿Por qué digo esto? Por ejemplo. Siempre se habló del gaucho casi como un solterón o aventurero que andaba con una guitarrita de pago en pago y de pulpería en pulpería. La mujer casi totalmente ausente. Y esto no tiene nada que ver con nuestros orígenes. El gaucho fue nuestro abuelo paisano, que estaba radicado en todos los pagos y que tenía su rancho con su compañera y sus hijos. Y eso está documentado en los registros parroquiales, en los censos, allí está presente esa masiva presencia de familias paisanas. En los ranchos siempre había un mortero para moler el maíz para hacer la mazamorra, el locro, y cerca había plantas de zapallo, maíz, porotos, más al norte del país no faltaba la mandioca. Toda esa es la cultura indígena misionera- guaraní que viene de nuestro mundo paisano.

Por eso digo siempre: antes de la "patria gaucha" estuvo la "patria indígena", una "patria misionera" mayoritariamente, aunque hubo otras etnias que aportaron. El gaucho tiene un alto componente mestizo y la mujer indígena en nuestro campo tuvo un rol fundamental. Y fue ella, como en todos los pueblos, la gran transmisora de cultura.

Estos conocimientos debieran estar insertos en la cotidianeidad de nuestra cultura. Además hay líneas, patrones que tienen que ver con el género, la discriminación y la injusticia social que siguen estando presentes y jugando en nuestra vida actual

En América Latina tenemos el triste galardón de ser una de las zonas donde la desigualdad socio-económica es mayor. La pobreza en América siempre ha tenido rostro de mujer de piel oscura -ya sea de origen afro o indígena - y también rostro de niño, de infancia.